

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.41-SEPTIEMBRE 2023

**La Aurora de nuestra
salvación**
ALMA MARIANA

Un saludo para el cielo
VICTORIAS DE MARÍA

La Humildad
TOTUS TUUS

"Ruega por nosotros,
amorosa *Madre,*
para que tu Hijo
no nos desampare".





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 41
Septiembre 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sda. Escritura: La profetisa Débora



07

ALMA MARIANA

La Aurora de nuestra salvación



08

VICTORIAS DE MARÍA

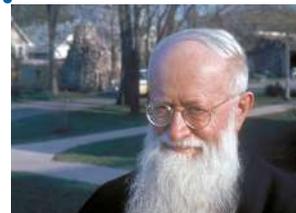
Un saludo para el Cielo



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

P. José María Kentenich VI



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la vida de plena consagración a Dios (IV)



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (IX): La humildad



16

REINADO DE CRISTO

“No he venido a abolir la ley, sino a darle plenitud”



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

El Don del Padre en Cristo



LA PLENA LIBERTAD DE LOS *Hijos de Dios*

El 24 de septiembre recordamos a Nuestra Madre en su advocación de Nuestra Señora de la Merced, Virgen misericordiosa y compasiva, seguro canal de gracia y de perdón.



Retrocedamos al siglo XIII. Eran tiempos en que los musulmanes saqueaban las costas y llevaban a los cristianos como esclavos a África. La horrenda condición de estas víctimas era indescriptible. Muchos perdían la fe pensando que Dios les había abandonado.

La Virgen se apareció entonces a San Pedro Nolasco que, junto con San Raimundo de Peñafort, fundó una Orden, la de los Mercedarios, dedicada a la liberación de los cautivos.

La Virgen de la Merced desea para nosotros la plena libertad de los hijos de Dios.

¿Qué somos nosotros? Abramos la Sagrada Escritura, que es la página del amor de Dios. Y en esta primera página, se nos dice: «Y entonces Dios formó al hombre del barro y soplo en él, inspiró en él, transmitió a él una vida y resultó el hombre a imagen y semejanza de Dios». Dios es amor. Dios no puede insuflar sino amor, luego tú, yo, cada uno de nuestros hermanos, somos amor. Así de sublime. Así de sencillo. Así de grande somos.

Esta es la mejor definición del hombre: *Soplo salido de Dios*. Eres divino. Un algo de Dios. Una imagen de Dios. Arranca, pues, todo lo tuyo para implantar todo lo Suyo. “E hizo Dios al hombre a su imagen y semejanza”.

Dios nos ha elegido, nos ha llamado a estar con Él, movido por un amor de predilección. Un amor personal, incondicional, gratuito y generoso. Y Jesús nos pide que co-redimamos con Él. Esta es nuestra misión: liberar del pecado, salvar. Desechemos toda la tiniebla de nuestra vida y dejémonos invadir por la Luz.

Tenemos los cristianos una misión. La misión es compartir esos talentos y santidad que Dios nos ha dado. Hay que compartir con los hombres para liberarlos para Dios, para que nuestros hermanos también descubran –¡oh dichoso y feliz día!– esa excelsa dignidad.

¿Quiénes son los esclavos hoy? Los tenemos muy cerca, codo con codo. Esta civilización nuestra que, en aras de un progreso simplemente material, quiere construirse totalmente al margen de Dios. Ahí están enredados los esclavos

de hoy. No hay que ir muy lejos. Aquí los tenemos, ¡cuántas almas arrancadas de las entrañas de Dios!

¿Nos pondremos al servicio de los demás? ¿Seremos canales del Amor de María, toda Ella portadora de la gracia de Dios Salvador?

Conscientes del Amor recibido y actualmente tan despreciado, vemos que aún nos falta crecer en agradecimiento, en entrega, en celo por la salvación de las almas. Ese es el trabajo de la conversión, el que anhela nuestra Madre de Misericordia. Seamos, pues, muy dóciles a su acción materna que nos redirigirá al Corazón abierto del Salvador para hacer morada en Él y para ayudar al prójimo a retornar al Amor.

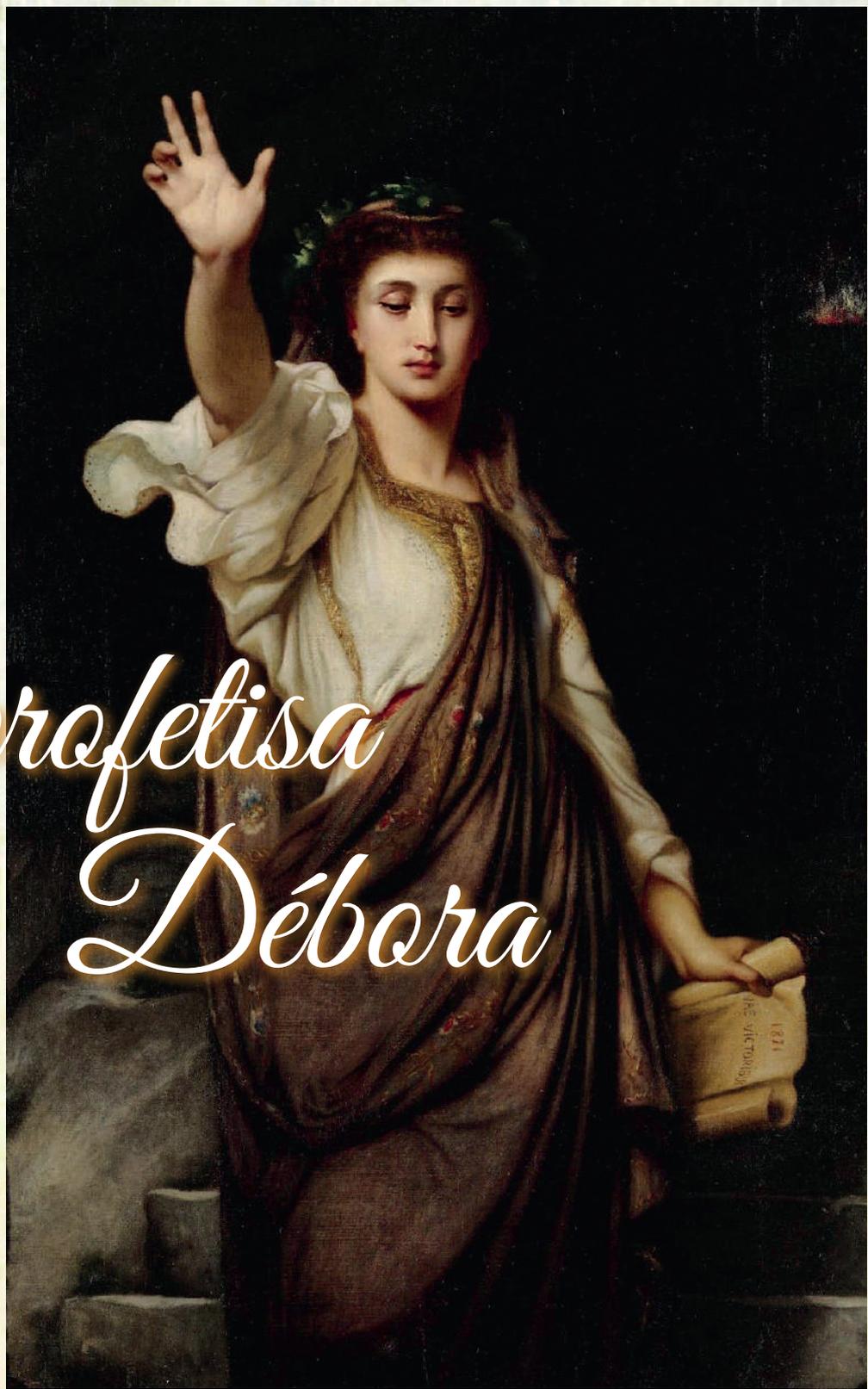
Que la Virgen de la Merced nos haga ver lo que no agrada a Dios en nuestras vidas, que retomemos el camino para poder vivir en plenitud nuestra misión de liberar a los hombres de las ataduras del mal. “Te he dado el destino –dice el profeta Isaías– de ser luz del mundo; te he enviado a abrir los ojos a los ciegos, a sacar de la cárcel a los que viven en tinieblas” (Is 42, 6).

LA VIRGEN EN LA SAGRADA ESCRITURA

La profetisa Débora

«**F**altaron los jefes de Israel, faltaron; hasta que surgiste tú, oh Débora, surgiste como madre de Israel...». (Jue 5,7.12.24)

«Por aquel tiempo era juez en Israel Débora, profetisa, mujer de Lapidot. Se sentaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraín, y los israelitas subían allí para arreglar sus litigios». Con estas breves pinceladas traza el libro de los Jueces (4,4-5) el retrato de Débora. Dos son los aspectos fundamentales de ese boceto: Débora es «juez», término este que en el lenguaje bíblico engloba toda la actividad política, y «profetisa». Estamos alrededor del siglo XII a.C. Los hebreos, liberados del puño de hierro de la opresión egipcia, están ocupando toda la Tierra Prometida, habitada por los cananeos. Pero en la muy fértil llanura de Yezrael, que se sitúa



en el centro de la actual Galilea, colisionan con la violenta reacción del reino cananeo de Azor. Su rey Yabin disponía de una excepcional armada de infantería pesada con carros de guerra y tropas adiestradas. Israel, por el contrario, dirigido por Sangar, un «juez» (o sea, un político) inepto y titubeante, y por Barac, un general poco seguro de

sí mismo, se aprestaba fatalmente a ser devorado por la avanzadilla militar cananea.

Es entonces cuando Dios, al igual que en tantas otras circunstancias de la historia salvífica, lleva a cabo una elección muy peculiar. Será una mujer, una criatura despreciada en Oriente y jurídicamente

«inválida», quien obtenga la libertad para Israel. La misma Débora, en una oda admirable, canta esta aventura de liberación que está recogida en el capítulo 5 del libro de los Jueces.

El mismo se abre con una invitación universal a la bendición del Señor y a la escucha: las naciones de la tierra son invitadas a contemplar la grandeza divina, mientras que Débora entona su alabanza (vv. 2-3). Después de este «invitatorio» empieza el himno propiamente dicho, que se divide en dos grandes partes por una exhortación a «bendecir al Señor» (v. 9). El escenario es una tempestad, manifestación de la trascendencia divina. Aquel que aparece es «*Yavé del Sinaí, Dios de Israel*», es decir, el Señor de la libertad que saca al esclavo de la opresión y que también ahora se dispone a intervenir a fin de ayudar a un pueblo humillado y aplastado.

En este momento, versículos 6-8, entra en escena Débora, la «profetisa» del Dios liberador. Ella es la madre de la patria y, aun siendo una mujer frágil, aparece contrapuesta al «juez» Sangar, un hombre asaltado por numerosas dudas e incapaz. La trágica situación hacia la que se desliza Israel es descrita con una sola pincelada: «*Los caminos estaban desiertos; los que andaban por los caminos, iban por senderos tortuosos*». El terror causado por las emboscadas y asaltos de los enemigos hace que los caminos queden desiertos; viajar es arriesgado, la vida está acechada por numerosos peligros. La explicación es doble. Ante todo, religiosa: Israel es vulnerable porque «*prefiere divinidades extranjeras*», ha perdido su fe al optar por la idolatría, mucho más cautivadora y cómoda, que practicaban los habitantes cananeos. Existe al mismo tiempo, además, una causa sociopolítica: Israel es

un pueblo agrícola, poco preparado militarmente e inerme frente a la potencia bélica de Azor.

Tras la evocación de las pasadas «victorias» de Yavé, es decir, de sus grandes hazañas de salvación en favor de su pueblo, se abre el escenario de la batalla. Dios se pone de parte de Israel. Previamente se describe la reunión de las tribus de Israel en una asamblea a la que, lamentablemente, dejan de acudir algunas tribus que han desertado a la hora de entablar el combate. Dos son los actores: el general enemigo Sísara y una «mujer del campamento», Yael. Yael, sostenida por el Señor, mata al comandante Sísara: «*A sus pies se dobló, cayó, yació, a sus pies se derrumbó, cayó; donde se dobló, allí cayó muerto*» (v. 27).

El cántico de Débora queda sellado con una conclusión litúrgica que ofrece la clave del conjunto de la composición (v. 31): «*Así perezcan todos tus enemigos, oh, Señor; y aquellos que te aman, sean como el sol cuando se levanta con todo vigor*».

El Señor celebra sus victorias con los débiles y precisamente desde esta perspectiva toma forma la aplicación a la historia de María, aquella que cantó en el «Magnificat» su certeza de que Dios «*ha derribado a los poderosos de sus tronos y ha encumbrado a los humildes*» (Lc 1,52).

El puente entre Débora y María de Nazaret, que vivió más de mil años después de la «profetisa» de Israel, lo podemos formular con dos testimonios ejemplares del Nuevo Testamento. El primero es de San Pablo: «*Dios eligió a lo que el mundo tiene por necio, lo débil para humillar a los fuertes; lo vil y despreciable, lo que es nada, para anular a los que son algo*» (1Co 1,27-28). El segundo, en la Carta de Santiago: «*¿No ha elegido Dios*

a los pobres según el mundo para ser ricos en la fe y herederos del Reino que ha prometido a los que lo aman?» (2,5).

La conciencia de la propia pobreza, humildad y sencillez brilla también en María, pero esto no significa —como veremos— fatalismo, inercia, quietismo. Como sucede con Débora, que es consciente de tener una misión que cumplir de alcance histórico, así también María sabe que Dios la está conduciendo por un camino único y sorprendente. No se trata, por tanto, de una humildad que se enroca en sí misma, regodeándose en melancolías, nostalgias o frustraciones. Ser «*sierva del Señor*» es, ciertamente, la conciencia del propio límite como criatura, pero sin obviar nunca la confianza en la acción divina y la extraordinaria vocación a la que es llamada.

Débora reúne en sí esta doble dimensión de debilidad y grandeza. En sus facciones vemos aparecer a la «Virgo potens» por excelencia, aquella para la cual «*el Poderoso ha hecho grandes cosas*». El gozo de Débora y de María es por su victoria sobre el mal, como obra de Dios que ha actuado mediante sus manos.

Escribe el Santo John Henry Newman, comentando las Letanías lauretanas: «*A la Virgen la llamamos poderosa – más aún, “todopoderosa” – porque nadie tiene acceso Dios como Su Madre, nadie tiene los méritos de Ella. Su Hijo no le negará nada que Ella le pida, y en esto reside su poder. Si Ella defiende a la Iglesia, ni lo alto ni lo profundo, ni los hombres ni los espíritus del mal, ni los grandes monarcas, ni la astucia de los hombres, ni la violencia de los pueblos, podrá hacernos ningún mal. La vida del hombre es breve, pero María reina en el Cielo como Reina para siempre*».

¡Qué consuelo para nosotros pensar en que nuestra Madre es una Reina tan poderosa!... ¡Qué confianza no debe inspirarnos! Porque, ¿qué adelantariamos con que Ella quisiera ayudarnos en nuestras miserias si no pudiera? ¿Cómo poner en Ella nuestra esperanza si dudábamos de su poder?... Pero no, no dudemos; como Madre quiere..., como Reina puede... Luego no es posible dudar de su ayuda..., de su poderosísimo patrocinio.

Ni un momento está inactivo el poder de María. La medida de su poder es su voluntad y esa voluntad está inseparablemente unida

a la Voluntad divina. Puede todo lo que quiere y ni quiere ni puede querer más que lo que quiere Dios. Y como Dios quiere salvar al mundo, santificar las almas, en eso, sobre todo, ejercita Ella toda la fuerza inmensa de su poder.

¡Cuántos pecadores por Ella se han arrepentido! ¡Cuántos santos a Ella deben su santidad! ¡Cuántas gracias no han dado sus manos a los que en Ella han confiado!

Abramos, pues, el corazón a la esperanza.

Cuando encuentres obstruidos todos los caminos; cuando se te

cierren todas las puertas; hay una siempre abierta, la de la Santísima Virgen: Acude a Ella, que María puede, puede, puede...

«Oh Virgen, que superas toda alabanza, todo lo que Tú quieres lo puedes ante Dios de quien eres Madre y, aun cuando nosotros somos pecadores, Tú eres dulce Madre del Redentor y dulce Madre nuestra y puedes abogar por tus hijos pequeños y pecadores ante tu Hijo Altísimo y Redentor. A tu nombre se abren las puertas del cielo. En tus manos están todos los tesoros de la divina Misericordia. Óyenos, oh Virgen y Madre, y llévanos de tu mano a Jesús. Amén.»



La Aurora

DE NUESTRA SALVACIÓN

Muchos siglos habían pasado desde que Dios, en los umbrales del Paraíso, prometiera a nuestros primeros padres la llegada del Mesías. Cientos de años en los que la esperanza del pueblo de Israel, depositario de la promesa divina, se centraba en una Doncella, del linaje de David, que «concebirá y dará a luz un Hijo, a quien pondrá por nombre Enmanuel, que significa Dios con nosotros» (Is 7, 14). **Generación tras generación, los piadosos israelitas esperaban el nacimiento de la Madre del Mesías.**



El nacimiento de la Virgen María es el fin de la triste noche de siglos en que yacía sepultada la humanidad. Isaías decía que estaba en sombras de muerte. En medio de esa noche brillaban las almas buenas con resplandores de santidad; pero toda esa luz reunida era insuficiente para disipar las tinieblas hasta que apareció María, la aurora de Dios.

¿Cuál es el puesto de Santa María en la Historia de la Salvación, en la obra gigante de Dios a favor del hombre llamada «Nueva Alianza»? Nos lo va a explicar el P. Molina:

«Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una virgen desposada con un varón llamado José... y le dijo: Alégrate, la llena de gracia, el Señor contigo». Toda la vida de Santa María es el fruto del romper irradiante en Ella de la gracia de Dios. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí

según tu palabra». Tenemos aquí el modelo de respuesta que Dios espera. La única que me hace capaz para recibir en mí todo el bien que Dios desea irradiar de mí y a través de mí.

Santa María satisface así los deseos infinitos de Dios de hacernos bien. ¡Qué mayor dignidad se puede encontrar que ser necesaria al BIEN! En Santa María comienza el Proyecto Salvador de Dios llamado «la Nueva Alianza», en la Sangre de Cristo Jesús.

Santa María lleva en sí la representación de la humanidad caída que Dios quiere desposar con Él para divinizarla. Viene así a ser constituida en la Imagen de la Iglesia, la Primera Iglesia, la asociada por Dios Padre a la ejecución de su plan salvífico en su Hijo Jesús. Santa María tiene un puesto único y una tarea única en el acontecimiento central de la Historia de la Salvación.

Santa María es la verdadera «Hija de Sion» del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento apunta a Santa María y se termina en Ella. A su vez Santa María, en su ser concreto, es el punto de partida y el comienzo del Nuevo Testamento, de los tiempos mesiánicos, de la Iglesia de Cristo. Todas las promesas y la esperanza hechas por Dios al pueblo de Israel se condensan en esa mujer concreta que se llama Santa María Virgen, la Madre de Jesús, el Verbo de Dios.

Santa María Virgen, Madre de Dios, es el término y acabamiento perfecto de todas cuantas promesas fueron hechas por Dios al hombre y de toda cuanto esperanza firme vivió el pueblo de Israel. En Santa María nace la Iglesia. Santa María es la Iglesia naciente. Es la Ciudad nueva de la presencia de Dios entre los hombres. En Santa María la alegría de Dios entra en el mundo del hombre.

Un saludo para el Cielo

SU “DEVOCIÓN” A LA VIRGEN DE BEGOÑA



Una mirada al mundo, una mirada al Pueblo de Dios nos hace contemplar el espectáculo de esa devoción mariana que se manifiesta en tantas costumbres, antiguas o nuevas, pero vividas con un mismo espíritu de amor. Una de ellas es la peregrinación a los Santuarios marianos. Da alegría comprobar que la devoción a la Virgen está siempre viva, incluso en aquellas almas que, por una deficiente educación, tuvieron poca o ninguna formación religiosa.

Ocurrió a mediados del siglo XX y lo ha referido el mismo sacerdote que fue el instrumento escogido esta vez por la Virgen María para derramar sobre un hijo pródigo las misericordias de su Corazón Maternal.

Bien entrada la noche, volvía el Padre a su Residencia, pensando que casi ningún otro día le habían obligado sus ministerios a pasar tan tarde por aquellas calles.

Aparece de pronto un hombre en el marco de una de las puertas y mira hacia fuera en todas direcciones, como si buscara a una persona que tuviese gran interés en encontrar. En efecto, divisó al sacerdote que pasaba, y a él se acercó de prisa. Y le dijo:

—Señor cura, haga el favor de subir aquí, al quinto piso, que un vecino mío se está muriendo.

Le siguió al punto el Padre jesuita y, según avanzaba escaleras arriba, oía las explicaciones del vecino:

—El pobre está mal...; creo que no pasará de esta noche... Yo no sabía qué hacer... Me eché a la calle y dije: Si veo un cura, le llamo...

Al oír esto, el sacerdote empezó a comprender que no por casualidad pasaba él aquella noche tan a deshora por aquella calle des acostumbrada y suplicó al Corazón de María que le ayudara en la salvación del moribundo.

Entró, le oyó en confesión, le concedió el perdón de todos sus pecados en nombre de Dios y advirtió que el hombre se mostraba consolado y tranquilo. Pensó que no podría andar lejos de aquello la Madre de Misericordia y preguntó al enfermo:

—Y usted, hijo mío, durante su vida, ¿ha tenido alguna devoción a la Santísima Virgen?

—Alguna... sí, señor.

Y con pausas, para recordar y respirar, le contó qué «devoción» había tenido en su vida.

—Yo... mire usted... muchos domingos no iba a Misa, y muchos años no cumplí con la Iglesia..., pero llegaba el día de la Virgen de Begoña... y, eso sí, allá me iba todos los años a visitarla con mis amigos... Ya sabe qué río de gente sube allá en ese

día... Muchos se quedan de rodillas rezando; pero otros muchos no hacen más que entrar por una puerta, pasar despacio por la iglesia y salir por la otra puerta... Esto hacía yo con mis amigos... Ahora que, antes de salir, cuando pasaba delante de la Virgen yo la miraba y le hacía así...

Y el enfermo insinuó, con un movimiento de cabeza y de hombros, y hasta intentando levantar la mano derecha, ese gesto del amigo que, cuando ve pasar a su amigo por la acera de enfrente, le saluda echando la cabeza para atrás y abriendo mucho los ojos...

Nuestro enfermo lo hacía así ante la Virgen. Y lo hacía solo una vez al año... Pero había puesto tanta sinceridad al hacerlo que ahora, en los momentos últimos de su vida, se acordaba de aquellos saludos anuales dedicados a la Virgen Santísima y, gracias a ellos, afirmaba que le había tenido devoción durante toda su vida. Es que el pobrecillo no sabía más.

El Padre le rezó en voz alta un Avemaría y dijo él al oírla:

—¡Qué hermosas palabras, Padre! Dígamelas otra vez...

No sabía más y el Corazón de la Madre celestial recibió lo poquito que había sabido ofrecer y ahora se lo recompensaba poniendo a su cabecera un sacerdote que le ayudase a entrar en el cielo.



La Virgen de Begoña fue declarada canónicamente patrona de Vizcaya (España) por San Pío X en 1903. Su festividad se celebra el 11 de octubre. La imagen es una talla románico-gótica de los siglos XIII y XIV. Es de madera policromada y tiene una altura de 117cm.

Son muchas las leyendas en torno a la aparición de la Virgen. Una de las más conocidas cuenta que un pastor encontró la talla sobre un espino y en ese mismo lugar construyeron una pequeña ermita. Posteriormente quisieron levantar una gran basílica en su honor ubicada en un sitio más céntrico, pero, al intentar trasladar la imagen, ésta se arraigó al suelo y una voz pronunció las palabras en euskera “¡Bego Oina!”, que significan “¡quieto el pie!”. El nuevo templo tuvo que construirse en el mismo terreno donde había estado la primitiva ermita por deseo expreso de la Señora.



UN ENAMORADO DE MARÍA

P. José María Kentenich

El fundador del Movimiento de Schoenstatt nació el 18 de noviembre de 1885 y fue bautizado al día siguiente. Dos veces estuvo en peligro de muerte, pero fue salvado milagrosamente pues Dios tenía para este niño grandes designios.



Nos cuenta el Padre: *“Mi educación fue exclusivamente obra de María Santísima. Ella fue quien me formó personalmente a partir de los nueve años”*. La vocación temprana al estado sacerdotal del P. José Kentenich no nos debe extrañar pues siempre existió en él una fortísima tendencia hacia Dios, hacia lo absoluto, hacia lo eterno.

El 24 de septiembre de 1904 comenzaba el noviciado con los Padres Palotinos en Limburgo. Durante este tiempo se vio sometido a duras pruebas contra la fe. Entonces, se entregó radicalmente en manos de la Virgen María... *“Lo que guardó mi fe durante esos años fue un amor profundo y sencillo a María”*

Experimentó a María como Madre, Abogada, Intercesora. Pero captó algo más: lo que Ella significa para el hombre. Intuyó la importancia que tiene la Virgen María para superar la crisis humana que

aqueja al hombre y a la cultura actual pues aparece ante el mundo como la mujer íntegra, en quien maravillosamente se engarzan lo humano y lo divino. Uno de sus objetivos fue “encender en amplios círculos un cálido entusiasmo por Ella”. Pero su carrera mariana llega al culmen con su ordenación sacerdotal, acaecida el 8 de julio de 1910. Dos años más tarde es nombrado director espiritual y profesor de los jóvenes seminaristas en Schoenstatt.

El P. Kentenich reunió a sus estudiantes y les dijo el fin que le movía: “*Bajo la protección de María queremos aprender a educarnos a nosotros mismos para llegar a ser personalidades recias, libres y sacerdotales*”

A comienzos de 1914 sus superiores aprobaron la solicitud de fundar una congregación mariana. Pero no se alcanzaría el objetivo sino a precio de muchas luchas.

El 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación, se había fijado como día de la fundación; pero el Padre cayó gravemente enfermo y todo debió ser postergado hasta el domingo 19 de abril. En la homilía de ese día inolvidable dijo a los jóvenes: “*Nos consagramos sin reserva a la Virgen para que Ella nos conduzca a su Hijo divino... ¡Por María a Jesús! Esto es todo lo que quiere la Congregación*”.

Mientras en Schoenstatt los estudiantes ardían por sus ideales marianos, Europa vivía un estado de tensión nerviosa y alerta: estalla la Primera



Guerra Mundial. ¿Qué hacer? Transformar la capillita de los seminaristas en un lugar de peregrinación donde la Virgen pueda volcar esperanza a todos los hijos que acudan a Ella. Una vez más, Nuestra Señora tomaba una nueva iniciativa de salvación. “*Todo se está desmoronando, ¿quién es la persona llamada a dar nuevamente Cristo al mundo? Es la portadora de Cristo. Debemos mostrarla al mundo*”.

Incansable en propagar la devoción a la Virgen, en marzo de 1921 funda la revista “Reina de los Apóstoles”.

Al percatarse de la situación moderna de la mujer, el Padre no quedó indiferente: “*Para una nación, más importante, valioso y fecundo que ganar una guerra mundial es mantener en forma viva el ideal de*

mujer querido por Dios”. Para ello, en octubre de 1926 crea el Instituto de las Hermanas Marianas de Shoenstag.

Después de muchas vicisitudes, entre ellas caer prisionero en el campo de concentración de Dachau en la 2ª Guerra Mundial, ser exiliado durante 14 años sin poder tener ninguna comunicación con el Movimiento, el Padre volvió a tomar las riendas de su Congregación y la enseñanza que nos deja es de plena actualidad: que el alma de nuestra vida sea vivir nuestra relación personal con la Virgen María.

En la mañana del domingo 15 de septiembre 1968 falleció repentinamente después de haber celebrado la Santa Misa. Así culminó la vida de un sacerdote que hizo cosas grandes por María.



LLAMADA A LA VIDA DE PLENA CONSAGRACIÓN A DIOS (IV)

La Obediencia

Las llamadas de Nuestra Señora en Fátima tienen como fin llevar a los hombres a Dios para alcanzar la salvación. Pero nadie puede salvarse si no sigue el camino trazado por Dios y no cumple Su Voluntad. María siempre nos marca el camino que conduce a la vida: «**Haced lo que Él os diga**». Seguir al Señor significa obedecerle.

Vamos a ver lo que la Hermana Lucía nos dice acerca del consejo evangélico de la obediencia a la luz del «mensaje».

Jesús nos declara que son pocos los que siguen por el camino estrecho que conduce a la vida y muchos los que van por el camino ancho de la perdición. Si queremos andar por caminos anchos, caminos de una libertad exagerada que se apartan de la justa sumisión a la autoridad en la práctica de la obediencia estamos equivocados, porque Jesucristo nos llamó para seguirle y Él fue «**obediente hasta la muerte y muerte de cruz**». (Flp 2, 8).

Por otro lado, el divino Maestro dijo a aquellos que había escogido para ir, en su nombre, a evangelizar los pueblos: «**Quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado**» (Lc 10, 16). Para cumplir este mandato del Señor se requiere fe. Todos, pero especialmente las almas consagradas, deben cultivar esa fe que les hace posible ver a Dios en el

prójimo, en la autoridad y en los acontecimientos, esa fe que les certifica que la autoridad representa a Dios y que, obedeciendo, cumplen la voluntad de Dios.

Muchas veces esto es costoso. Por un lado, resulta difícil ver a Dios representado en un hombre igual a nosotros, una persona en quien vemos a veces falta de virtud, poca inteligencia, pobreza de talentos, etc. Es ahí cuando la fe juega un papel fundamental y nos dice que Dios se puede valer de cualquier instrumento para manifestarnos su Querer. De hecho, muchas veces lo hace así, precisamente para probar nuestra fe y adhesión a Él.

Por otro lado, nos cuesta la obediencia porque supone, en la mayoría de los casos, renunciar a la propia voluntad. Es aquí cuando debemos considerar que renunciar al propio querer es el mejor holocausto que podemos ofrecer a Dios y de esa manera unirnos a la Pasión de Cristo a favor de su Cuerpo Místico. Solo así permanecemos unidos a Él como miembros vivos, pues el mismo Jesús nos dijo: «**Quien haga la**



voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 35). Es por la unión de nuestra voluntad con la suya que somos la familia de Dios.

Uno de los puntos fundamentales del Mensaje de Nuestra Señora es: *«dejar de ofender a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido»*. Todo pecado tiene como raíz la desobediencia a Dios y a sus mandatos, por eso la obediencia no es solo para los consagrados, sino para todo ser humano, pues toda criatura debe a Dios sumisión y obediencia como a su Dueño Supremo. Cada vez que pecamos, desobedecemos a Dios y preferimos hacer nuestra voluntad. Quizá en un primer momento creemos que nos salimos con la nuestra, pero a la hora de la verdad, con la desobediencia el hombre se autodestruye y se forja su propia ruina. Solo la obediencia y sumisión hacen al hombre plenamente libre.

El pecado de Satanás consistió precisamente en ese grito de rebelión: *«No serviré»*. Fue lo contrario a lo que dijo Jesús: *«Yo siempre hago lo que agrada más al Padre»* (Jn 8,29).

Para saber cómo hemos de obedecer, miremos a María. Ella siempre obedeció con rendimiento de juicio, con alegría de corazón y con prontitud en la ejecución.

Ante lo que Dios le pedía o permitía en su vida, nunca cuestionó. Simplemente agachó la cabeza y aceptó con amor, pues Ella era la *«esclava del Señor»*. María ama tanto ese título que lo ha constituido como programa de su vida; ha renunciado libre, espontánea y generosamente a todos sus derechos, a toda su libertad para esclavizarse totalmente a Dios.

La obediencia es el carril del amor, el chasis del amor. Es la única virtud que permite al amor realizarse. El amor necesita de la obediencia. Si yo no me configuro con la manera de ser de Dios, es imposible que su amor pueda realizarse plenamente en mí.

Es cierto que Dios nos puede pedir cosas costosas a nuestra naturaleza, pero es precisamente el camino para alcanzar la felicidad y la plena realización de su amor en mí. También María tuvo que pasar por esta terrible prueba. Y al saber que la voluntad del Altísimo era que su Hijo

QUINTA APARICIÓN DE LA VIRGEN, 13-09-17

«Llegamos a Cova de Iría y al alcanzar la encina comenzamos a rezar el Rosario con la gente. Un poco más tarde vimos el reflejo de luz y acto seguido, sobre la encina, a nuestra Señora, que dijo:

“Continuad rezando el Rosario para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor; Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, San José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiero que durmáis con la cuerda puesta, llevadla durante el día. Curaré a algunos enfermos, pero no a todos. En octubre haré el milagro para que todos crean”».

sufriera y muriera, obedece con alegre resignación y acepta la muerte de su Hijo amadísimo. Este acto de obediencia fue sin duda el más meritorio para María y el más beneficioso para la humanidad.

Digámosle por eso con gran fervor a la Virgen: *¡Virgen y Madre obedientísima, ruega por nosotros! Haz que también nosotros sepamos alcanzar la hermosísima virtud de la obediencia.*

LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (IX)

La Humildad

Hoy veremos una de las virtudes más importantes entre la lista que señala San Luis M^a Grignon: la humildad profunda de la Santísima Virgen. Como decía el P. Molina: *“María cocinaba, hilaba la lana, hacía los vestidos, traía el agua... Oficios humildes que no le impidieron llegar a donde llegó porque estaban cargados de vida interior y amor a Dios”*.

Es necesaria

Después de las virtudes teologales y de las cardinales, sin duda que corresponde la preferencia a la humildad. Es aquella virtud de la que dice San Francisco de Sales, que *«es necesaria en cada instante y para todos, aún para los más perfectos»*; la que es considerada por todos como el fundamento del edificio de la santidad y el primer paso que hay que dar en este camino.

Y San Agustín dice: *«¿Quieres levantar una gran construcción de santidad?... Piensa primero en una sólida base de humildad..., porque cuanto mayor sea el edificio, más hondos han de ser los cimientos»*.

También Santo Tomás dice: *«aquel que no es humilde, aunque haga milagros, no es perfecto porque toda su virtud está falta de solidez»*. No dudemos que, si no hemos llegado ya a mayor santidad, es porque aún no somos profundamente humildes.

La humildad es una de las principales virtudes de la vida cristiana. Es una virtud derivada de la templanza que nos inclina a cohibir el



desordenado apetito de la propia excelencia, dándonos el justo conocimiento de nuestra pequeñez y miseria, principalmente con relación a Dios. (A. Royo Marín. *Teología de la Perfección cristiana*, n. 355)

Humildad profunda de Santa María

«La vida de María fue oculta. Por ello, el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman alma mater: Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan profunda que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las creaturas para ser conocida solamente de Dios... Ella pidió a Dios pobreza y humildad. Y Él, escuchándola, tuvo a bien ocultarla en su concepción, nacimiento, vida, misterios, resurrección y ascensión a casi todos los hombres... Ella se ocultó en este mundo y se colocó más baja que el polvo por su profunda humildad, habiendo alcanzado de Dios, de los apóstoles y evangelistas, que no la dieran a conocer...». (Meditemos pasajes de San Luis M^a Grignon. VD 2-3. 50, y del Kempis)

¿Cómo imitarla?

Si la Santísima Virgen se preparó a recibir en sus virginales entrañas al Verbo de Dios con aquella profundísima humildad que la hizo exclamar: *«He aquí la esclava del Señor»* (Lc 1,38), ¿qué deberemos hacer nosotros? Pues es cierto que Dios quiere que imitemos a María (VD 34), que

Ella se reproduzca y enraíce en los elegidos. Igual en la humildad.

Recordemos lo que vimos —como base— en la preparación a la Consagración:

- El **conocimiento de Dios**. Con el don de temor de Dios nos fijamos ante todo en la eminencia y majestad de Dios.
- El **conocimiento propio**, ante el cual, por instinto del Espíritu Santo, sentimos nuestra propia nada.

Repitamos despacio y saboreemos el Magnificat de la Virgen. Ella canta las excelencias de la humildad. Y, ¿cómo no? Santa Teresa dice que *«la humildad de la Virgen fue la que atrajo a Dios del Cielo a sus purísimas entrañas y con ella le traemos también nosotros a nuestras almas»*. Y la misma Santa Teresa dice: *«La humildad es la verdad»*.

Conocer lo que somos y lo que es Dios. *«Yo soy el que SOY. Tú eres la que no eres»* decía Jesús a Santa Catalina de Siena y a otros santos.

El mismo Jesús nos dijo: *«Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»*. ¡Qué buena discípula fue la Santísima Virgen, pues aprendió tan perfectamente esta lección!

Consideremos la vileza del orgullo. La soberbia ciega, Dios permite que el soberbio caiga. El alma olvida lo que es Dios y que sin Él no es nada. ¿Qué importa subir aquí en la tierra? Sin Dios el alma es un abismo de miseria. Él levantará a los humildes. No le importan sus miserias ni sus caídas... Quiere humildad y amor.

Cuidado con la falsa humildad

La humildad no es virtud de cobardes y ruines, sino de fuertes y

de magnánimos. Por tanto, no es humildad verdadera la que consiste en meras palabras, en acciones puramente exteriores. ¡Cuántas veces, a pesar de inclinar la cabeza, de decir bajezas de sí mismo, etc., coexiste un refinado amor propio que no sufre la menor contradicción, que no cede nunca, que no es capaz de sufrir una corrección de un superior o un aviso saludable de una buena amistad... Una humildad así es fingida y aparente, que no brota de un corazón humilde de verdad.

También es falsa humildad la que no quiere reconocer las gracias que ha recibido de Dios y cree que el pensar en eso es gran soberbia. ¡Qué distinta fue la humildad de María cuando no dudó en publicar que había recibido cosas muy grandes del Señor y que por ellas la llamarían bienaventurada todas las generaciones!... Pero de ahí no sacaba otra conclusión si no la de la gloria, alabanza y agradecimiento al Señor.

En fin, es pésima humildad la que, considerando su bajeza y su miseria, deduce, como fruto práctico de ella, el desaliento, la desilusión, el abatimiento. La fórmula de la humildad verdadera, es: *«Yo por mí nada soy, nada puedo, pero todo lo puedo en Aquél que me conforta»*. Luego no hay nada imposible, ni siquiera la santidad para el verdadero humilde. Pidamos a la Santísima Virgen luces para distinguir y conocer bien estas dos humildades y que, huyendo de la falsa, con su ayuda nos afiancemos bien en la verdadera.

Acabamos con San Agustín: *«Si me preguntas cuál es lo primero y principal para la perfección, te diré: en primer lugar, la humildad; en segundo término, la humildad, y en último caso, la humildad»*. No porque se hayan de despreciar las demás virtudes, sino porque teniéndola a ella de veras, se tienen a todas, pues si la soberbia es madre de todo pecado, la humildad es de toda virtud.



"NO HE VENIDO A ABOLIR LA Ley, SINO A DARLE PLENITUD"

Cristo, hablando como supremo Legislador, se atribuye la misma autoridad con que Dios dio a los israelitas su ley. Comparando su nueva Ley con la antigua, establece nuevas modalidades que elevan a un alto grado de perfección los mandamientos de la ley antigua y con ello nos enseña que no ha venido a destruir sino a cumplirla y perfeccionarla, elevarla hasta el grado que Dios quería.

Durante la vida pública de Cristo y más específicamente durante su Pasión, las acusaciones que los fariseos le hacían, versan sobre su no observancia de las leyes judías, como no guardar el sábado, no haber frecuentado las escuelas rabínicas, predicar una doctrina sobre el reino mesiánico muy diversa de la que profesaban los doctores de la ley... Todo esto pudo hacer pensar que el Maestro venía a abolir la ley o destruirla; sin embargo

Él mismo se sujetó a la ley como lo expresa San Pablo en su carta a los Gálatas (cf. Ga 4, 4): fue circuncidado, peregrinaba a Jerusalén a celebrar las fiestas solemnes, frecuentaba el templo, asistía a los oficios religiosos de la sinagoga, si curaba a leprosos, les enviaba a los sacerdotes para que comprobaran su curación y ofrecer los sacrificios prescritos por la ley, quería que en materia de interpretación legal se respetase la autoridad de los escribas.

Varias veces se le oyó ponderar el Decálogo como resumen de la Voluntad divina. Su pensamiento y actitud externa en orden a la Ley mosaica fueron siempre las de un piadoso y fiel israelita.

Jesucristo cumplió todo cuanto estaba escrito de Él y su reino en la ley y los profetas. Lo que en el Antiguo Testamento era sólo sombra y figura de realidades que habían de establecerse en el reino mesiánico, Jesús lo sustituyó por la realidad misma, y en este sentido, perfeccionó la Ley: por Cristo quedó cumplida y perfeccionada la Antigua Ley y en cierto modo abrogada en tanto estaba llamada a desaparecer una vez que Cristo fundase su Iglesia.

Lo que Nuestro Señor hizo al depurar la Ley de Moisés, era desembarazarla de las tradiciones humanas con que la habían recargado los escribas; o explicarlas, demostrando que en algunas ocasiones cesaba de ser obligatoria.

Aun asegurando que vino a dar cumplimiento, nunca dijo que la Antigua Alianza habría de conservarse para siempre, ni que la legislación del Sinaí habría de subsistir hasta el fin de los tiempos. Ello hubiera sido oponerse al cumplimiento del plan divino, con tanta claridad descrito por los antiguos profetas.

Moisés había anunciado que Dios daría a los israelitas un





Profeta que completaría su obra de legislador. Así, para Jesús, la ley judía es a la vez temporal y eterna. Para dar a conocer su Ley, Jesús enumera los preceptos de la Ley antigua según el espíritu de la nueva, la ley del amor, con lo cual demuestra cómo ésta perfecciona a la otra, espiritualizándola y elevándola a una altura moral que la legislación mosaica había sido incapaz de alcanzar. Por ejemplo: Refiriéndose al homicidio —prohibido por la Ley antigua—, Cristo condena hasta un simple movimiento de cólera e incluso las palabras injuriosas. En cuanto al matrimonio, en que la Ley antigua mandaba «no cometerás adulterio», Jesús prohíbe hasta las miradas voluntarias de codicias deshonestas.

Antes que poner en riesgo la salvación, propone arrancarse sin compasión el ojo o la mano derecha. La Ley antigua toleraba el divorcio, a Ley nueva proclama la indisolubilidad del matrimonio. Ante los juramentos —que eran violados fácilmente

sin el mínimo escrúpulo, utilizando fórmulas de juramento que pretendían no obligarles en conciencia—, Jesús prohíbe en absoluto el juramento si no es que la necesidad o utilidad lo exijan. Ante el «ojo por ojo» de la ley del Talión, que excita el espíritu de venganza y de represalias, Jesús no solo no excluye de este amor a los enemigos, sino que les concede un lugar privilegiado, al encarecer la obligación del perdón.

De este modo se entiende cómo Jesús, lejos de destruir la ley judía, la perfecciona, le da plenitud. Los legistas de Israel iban atados a la letra, a los actos externos; Él en cambio penetraba hasta lo más profundo de los sentimientos, que quería fuesen limpios de toda escoria. Jesús exigía una virtud arraigada y sólida. Él venía a hacer nuevas todas las cosas. Toda su moral se centra en un mandamiento nuevo: el mandamiento del amor. El cristiano es un hombre nuevo. Esta es la nueva ley evangélica, a la que son llamados todos

los bautizados para formar en la iglesia el nuevo pueblo escogido de Dios.

Dejó escrito el P. Rodrigo Molina:

«Tu misión no es destruir los valores del mundo sino construir sobre ellos. La actitud del cristiano es siempre positiva, no negativa. De continuación, no de ruptura. De realización, no de abrogación. Santo es el que no destruye su vida humana sino la lleva a su plena realización en la divina.»

«La creación natural de Dios es buena, debe ser íntegramente aceptada, pero debe canalizarse, estructurarse según la creación sobrenatural.»

«Esa es tu misión: enseñar, demostrar a la civilización actual que el Evangelio es el único que la puede llevar a su perfección. El mensaje de Cristo viene a dar perfección a lo que ya existe. Prolonga el proceso vital de lo ya existente y lo lleva a su término.»



El Don del Padre en Cristo

El Señor mandó bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, esto es, en la profesión de fe en el Creador, en el Hijo único y en el que es llamado Don, el Espíritu Santo. Uno solo es el Creador de todo, ya que uno solo es Dios Padre, de quien procede todo; y uno solo el Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, por quien ha sido hecho todo; y uno solo el Espíritu, que a todos nos ha sido dado.

Todo, pues, se halla ordenado según la propia virtud y operación: un Poder del cual procede todo, un Hijo por quien existe todo, un Don que es garantía de nuestra esperanza consumada.

Escuchemos las palabras del Señor en persona, que nos describe cuál es la acción específica del Espíritu en nosotros; dice, en efecto: «*Muchas cosas me quedan por deciros, pero*

no podéis cargar con ellas por ahora. Os conviene, por tanto, que yo me vaya porque, si me voy, os enviaré al Defensor» (Jn 16, 12).

Y también: «*Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. Él os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os*

comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de mí» (Jn 16, 13-14).

Estas afirmaciones tienen por objeto darnos una mayor comprensión, ya que en ellas se nos explica cuál sea la voluntad del que nos otorga su Don y cuál la naturaleza de este mismo Don: pues, ya que la debilidad de nuestra razón nos hace incapaces de conocer al Padre y



al Hijo y nos dificulta el creer en la encarnación de Dios, el Don que es el Espíritu Santo, con su luz, nos ayuda a penetrar en estas verdades.

Al recibirlo se nos da un conocimiento más profundo. Porque, del mismo modo que nuestro cuerpo natural, cuando se ve privado de los estímulos adecuados, permanece inactivo (por ejemplo, los ojos, privados de luz, los oídos, cuando falta el sonido, y el olfato, cuando no hay ningún olor, no ejercen su función propia, no porque dejen de existir por la falta de estímulo, sino porque necesitan este estímulo para actuar), así también nuestra alma, si no

recibe por la fe el Don que es el Espíritu, tendrá ciertamente una naturaleza capaz de entender a Dios, pero le faltará la luz para llegar a ese conocimiento. El Don de Cristo está todo entero a nuestra disposición y se halla en todas partes, pero se da a proporción del deseo y de los méritos de cada uno. Este Don está con nosotros hasta el fin del mundo; él es nuestro solaz en este tiempo de espera.

Por esto Jesús prometió que nos enviaría aquel Defensor que nos haría capaces de Dios. Pues, del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que somos muchos, no podemos convertirnos en una sola cosa en Cristo Jesús, sin esta agua que baja del cielo.

Y así como la tierra árida no da fruto si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos antes como un leño árido, nunca hubiéramos dado el fruto de vida, sin esta gratuita lluvia de lo alto.

Y por esto necesitamos de este rocío divino para que demos fruto y no seamos lanzados al fuego; y ya que tenemos quien nos acusa, tengamos también un Defensor.

La Santísima Trinidad encomienda al Espíritu Santo el cuidado del hombre, posesión suya, que había caído en manos de ladrones, del cual se compadeció y vendó sus heridas, entregando después los dos denarios regios para que nosotros, recibiendo por

el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, retornándolo a nuestro Dios trino con interés.

Recemos esta oración al Espíritu Santo para que venga sobre nosotros este Don del Padre en Cristo:

«Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones, espléndido; luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas del fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. AMÉN».

A ti, Dios Padre; a ti, Hijo unigénito; a ti, Espíritu Santo Paráclito, santa e indivisa Trinidad, de todo corazón te confieso, te alabo y te bendigo.

“La santidad no consiste en tener la perfección humana, carente de todo defecto; sino en tener la perfección de la caridad”. (M. M^a Teresa De Simone)



01) Miembros del Reinado de María se trasladaron a la región de Formosa en Argentina para realizar una jornada de evangelización y atención social con los pobladores indígenas de esta zona. 02-03) Festival de Canto Mariano en honor a Nuestra Señora con la participación de más de 300 alumnos. Hubo momentos de emoción ya que se transmitía una piedad y devoción que superó nuestras expectativas. La Virgen reinó en los corazones de estos jóvenes. 04-06) Peregrinación Mariana al Santuario de Don Bosco con los miembros y colaboradores del Reinado de María en New York (Estados Unidos). 07) Para terminar, compartimos con ustedes esta hermosa fotografía en la que una de nuestras Misioneras sale a las calles para llevar la Luz de la Reina a todas partes... ¡Cuánto bien se puede hacer! ¿Te animas a ayudarnos?

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

